

A ti, Señor, levante mi voz para que recuerdes los hermosos días de mi  
juventud; y cuando me propusiere a occidir al tirano de las solemnidades, me  
detuviste, Señor, en los escanos de mi alegría.

Tú hiciste brotar en las montañas de mi esperanza una flor hermosa con los  
matizos de la fealdad; y cuando yo me acordaba de ti, Señor, como la más concedora de  
la existencia de la vida.

Y al decir mi voz, Señor, me acordaba de tu boca, que con tus labios la en-  
contré en el momento de mi dolor.

Tú me hiciste ver, Señor, que el mundo es un trono de  
vanidad, y que el hombre es un juguete de la fortuna.

Tú me hiciste ver, Señor, que el mundo es un trono de  
vanidad, y que el hombre es un juguete de la fortuna.

Tú me hiciste ver, Señor, que el mundo es un trono de  
vanidad, y que el hombre es un juguete de la fortuna.

Tú me hiciste ver, Señor, que el mundo es un trono de  
vanidad, y que el hombre es un juguete de la fortuna.

Tú me hiciste ver, Señor, que el mundo es un trono de  
vanidad, y que el hombre es un juguete de la fortuna.

Tú me hiciste ver, Señor, que el mundo es un trono de  
vanidad, y que el hombre es un juguete de la fortuna.

Tú me hiciste ver, Señor, que el mundo es un trono de  
vanidad, y que el hombre es un juguete de la fortuna.

Tú me hiciste ver, Señor, que el mundo es un trono de  
vanidad, y que el hombre es un juguete de la fortuna.

Tú me hiciste ver, Señor, que el mundo es un trono de  
vanidad, y que el hombre es un juguete de la fortuna.

Tú me hiciste ver, Señor, que el mundo es un trono de  
vanidad, y que el hombre es un juguete de la fortuna.

Tú me hiciste ver, Señor, que el mundo es un trono de  
vanidad, y que el hombre es un juguete de la fortuna.

Como oír del líbano, como oír del Líbano con mi fealdad y mi hor-  
mosura; y tu soplo vino contra mí con fuerza de bruma, y llevó la flor de  
mis mejores vestagos; y acavó la tierra donde crecía mi vida.

Y acudí a ti, Señor, para que no me perdieras en el fondo de las cuevas  
en que anda la iniquidad; para que no me arrojaras como hebra seca en las  
hogueras de mis enemigos.

Apádate, Señor, de mí, que aun no he pensado de mi corazón los esca-  
nos de tu nombre.

Con el fuego de mi amor le estampé en los escudos de mis guerreros, y  
con mi sangre le estampé en los torreses de mis castillos.

Con mi mano le tejí en las banderas de mis legiones, y con mi boca le  
alabé desde las montañas de ambos mundos.

De ti se apartó tu sierva y a ti vuelve, Señor, a ti que la acogerás en los  
rediles de tu bondad; a ti que le apacentarás en tus valles de frondosidad  
y en tus arroyos de agua cristalina.

Apádate, Señor, de mí, y derrama sobre mis cabellos el bálsamo de tu  
misericordia.

Y no me engañé en los juicios de mi esperanza; porque el Señor rompió  
las ligaduras de mi tormento.

Y vino a mí la voz del Señor Dios como rocío de la mañana; y fué para  
mí su palabra como agua en los ardores del desierto, como óculo de paz en



D. LEON CARBONERO Y SOL.

la frente de sus hijos; como puerto de salvacion en el dia de los naufragios.

Y oí la voz del Señor Dios que me decia . . .

Levántate, España, ponte sobre tus piés y escucha.

Yo soy el Señor tu Dios, que he borrado la memoria de tu pecado del libro de mi justicia.

Yo soy tu Señor y Dios, que he escrito en el libro de mi liberalidad la suma de los beneficios.

Raudales de piedad voy á derramar sobre tí; porque corona de gloria y guirnalda de alegría pondré sobre las sienes de tus Reyes.

Oye su voz como la mia; porque yo soy el que abro sus labios para que te anuncien mis preceptos.

En la balanza de mi justicia te gobiernan; y tesoros de misericordia he depositado en sus corazones.

¡Ay de los hombres que murmuren en su corazon! . . . porque caeré sobre ellos como un torbellino en montes de pavesas; y los moleré en mis iras como grano arrojado á la piedra del molino.

En el carro de su perdicion uncí los pueblos que cerraron sus oidos á la voz de la Majestad y abrieron sus orejas á la gritería de las plazas.

Y fueron como zorras que invadieron las colmenas; y los ahuyenté con el enjambre de mis castigos; y como mariposas perecerán en la llama á que se acerquen en la tortuosidad y soberbia de su vuelo.

Por tu fidelidad y tu obediencia te he salvado del lazo de tus enemigos; y porque he escuchado tu oracion rompí la red que te tendieran los engaños, y enmohecí los dardos que acicalaron tus acechadores.

Yo puse á tus Reyes en el sólio de la grandeza: ¿quién podrá mover la piedra sobre que yo pongo mi mano . . . ?

Mi mano es el escudo de tus Reyes, y tus Reyes son el escudo de tu defensa.

En tu viña los puse como vástago de frondosidad; y tu viña ha fructificado fruto de mis bendiciones.

A la voz del Señor Dios, alzó la España su frente radiante de hermosura; su seno latió latido de entusiasmo, y exclamó:

Gloria á tí, Señor Dios, que te apiadas de tu sierva.

Gloria á tí, Señor, que pones en la corona de mis Reyes el sello de la perpetuidad de tu alianza.

Venid, hijas hermosas del Mediodía; venid vosotras las que os engalanais con la hermosura de las flores . . . venid á dar gracias al Dios de las misericordias.

Venid . . . alabad su nombre desde la puerta de los alcázares de mis Reyes; porque los alcázares de mis Reyes son tambien templos de su amor y de su grandeza.

Venid, ciudades del Norte, las que labrais para otras naciones hierros que desdenais para defensa de vuestros pechos; venid á ver el escudo de fortaleza que ha forjado el Señor en la llama de sus ojos.

Levantaos, hijas del Mediterráneo, las que aunque combatidas por la fuerza de las olas permanecéis inmóviles en los asientos de la fidelidad . . . venid y cantad al Señor, que ha afirmado los cimientos de vuestra firmeza.

Hijas de los mares y de las montañas . . . tú, la que flotas en las aguas como nave cargada de riquezas . . . ven y canta las maravillas del Señor, que ha criado en la mas hermosa de las conchas la mas brillante de las perlas.

